

III. — EL RINOCERONTE

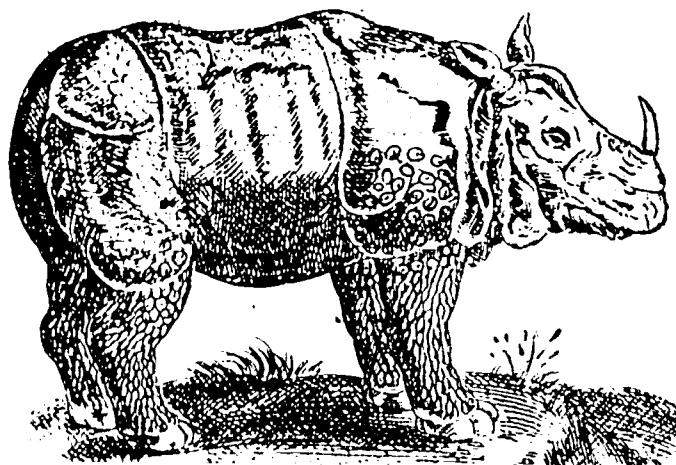
VICENTE M. RUIZ CONDOMINA

1989

Las Empresas vivas de Fray Ferrer
de Valcedro

[Valencia, author]

2



De entre los animales que exhibieron en las arenas romanas, el rinoceronte fue uno de los que mayor entusiasmo despertó en la multitud. Son varios los autores que nos informan del protagonismo de este animal en los juegos circenses. Plinio comenta que se vió con ocasión de los juegos de Pompeyo Magno, siendo enfrentado a un elefante, su enemigo natural. Su forma de combatir resultaba muy peculiar, primero aguzaba el cuerno en las piedras y luego embestía al elefante en el vientre, lugar de su cuerpo donde sabía que su cuero era mucho más blando (1). Pero la mejor relación sobre la lidia de este animal en los espectáculos romanos es, sin duda, la que refiere el poeta hispanolatino Marco Valerio Marcial en sus *Epigramas* (2). Esta acaeció en tiempos de Domiciano, obligándose a luchar a un rinoceronte contra un toro y un oso, no sin antes haber sido provocado por las picas de los "venatores" del anfiteatro. Fue tanto el furor que manifestó entonces el rinoceronte que, acometiendo a sus

dos rivales, los lanzó por los aires como si se tratases de simples muñecos.

En la Edad Media, al desaparecer tales espectáculos y cerrar el Islam las rutas con la India y África, el rinoceronte se convirtió en un verdadero desconocido, quedando confundido e identificado con el mítico unicornio. Durante mucho tiempo se creerá que se trata de un mismo animal, sólo que las voces "rhinoceros" o "monoceros" corresponderían a su denominación griega, y "unicornius" a la latina. Uno de los pocos contactos de europeos con estos animales data de fines del siglo XIII, cuando el veneciano Marco Polo, al volver a su patria tras una estancia de siete años en tierras chinas y habiendo conocido en su viaje de regreso la isla de Sumatra, relató que en el Reino de Basmin existían abundantes elefantes y unicornios. Claro está que estos últimos eran una especie de rinoceronte y sumamente decepcionado los describió con la piel de búfalo, pies parecidos a los del elefante, cabeza de puerco montés y un cuerno grueso y negro en la frente; por si fuera poco, sus costumbres eran inmundas, vivían en el lodo y en lugares sucios (3). Marco Polo no pudo, por más que le repugnasen los animales que había visto, dejarlos de tomar por los unicornios de las fábulas. Su cuerno demostraba que se trataba de tal animal y parecía que los naturalistas, movidos por un exceso de fantasía, habían idealizado su aspecto.

Aunque es extraño que este animal aparezca en los "bestiarios" medievales, podemos señalar como excepción un manuscrito del primer tercio del siglo XV que se conserva en la Biblioteca Universitaria de Barcelona (Ms. 82) y que contiene, junto a la *Crónica universal* de Joan de Bur, un fragmento de bestiario. En éste se describe un extraño animal llamado "caval" y que por sus trazas parece tratarse del rinoceronte, completamente diferenciado del unicornio. Habita en la India, sus mejillas son como las del puerco y tiene dos enormes cuernos. Lo más extraordinario era su forma de luchar: combatía sólo con uno de sus cuernos, hasta que lo quebraba; entonces lo sustituía por el otro, que anteriormente había emplazado sobre el lomo, y proseguía el combate. Era además una bestia muy dafina en la tierra y en el agua (4).

Sólo en el siglo XVI - tras la conquista de las Indias Orientales por los portugueses - volvió a ser redescubierto

el rinoceronte por los europeos y distinguido definitivamente del unicornio al serle traído un ejemplar de Camboya al monarca lusitano don Manuel, por su expreso deseo en el año 1515. Pronto se volvieron a memorar las antiguas peleas de rinocerontes y elefantes en las arenas, siendo enfrentados ambos animales en un singular combate celebrado en Lisboa. El desenlace fue - según comenta fray Luis de Granada - que el elefante huyó aterrado con tan sólo ver al rinoceronte y no encontrando otra salida que una gran ventana con una reja de hierro, arremetió contra ella con tan gran fuerza que la derribó y escapó al exterior (5). Es fácil que este fuese el mismo ejemplar que don Manuel envió a Roma para que también allí combatiese, pero que pereció en el mar a causa de una gran tormenta cerca de Portovenere, no pudiendo salvarse por estar encadenado (6). No obstante, un dibujo suyo fue presentado al papa León X, el cual fue seguramente el modelo que siguió Alberto Durero para su famoso grabado en madera.

Si las descripciones de los antiguos habían sido vagas y confusas, desde este momento comenzaron a menudear. Su misma imagen fue ampliamente difundida, especialmente por los libros de ciencias naturales, los de emblemas, e incluso algún editor lo trajo como distintivo de sus publicaciones. La exhibición de un rinoceronte en Madrid, presentado a Felipe II en el año 1585, significó todo un acontecimiento, y las descripciones que de él se hicieron las más ricas que poseemos. Dos testigos presenciales, Jerónimo de Huerta y Diego de Funes, describieron a este ejemplar pormenorizadamente. Era de destacar su piel rugosa y cubierta de costras tan duras que ni una lanza, ni una saeta, ni siquiera una bala podían atravesarla; su cola era pequeña y pelada; la cabeza muy grande y fuerte; las orejas levantadas y puntiagudas, y su tamaño, aunque enorme, era ciertamente menor que el del elefante (7). También don Sebastián de Covarrubias habla de este mismo ejemplar en su *Tesoro de la lengua castellana o española*. Por su gran peligrosidad -dice- le habían aserrado el cuerno y arrancado los ojos, pues había matado a una o dos personas encargadas de su cuidado (8). Parece ser que su exhibición se prolongó durante mucho tiempo.

Que duda cabe que el rinoceronte fue el gran descubrimiento de los naturalistas de los siglos XVI y XVII, como lo fue en el XIX el caballo de Przewalski o en el XX el okapi. Aunque muy pocos autores siguieron confundiéndolo con el

unicornio, su descubrimiento no causó menor fascinación que si se hubiese tratado del mítico animal. Olof Worm lo incluyó en su Museo, consignándolo como un raro capricho de la naturaleza, y en todos los libros sobre animales aparecía rodeado de una aureola de misterio y de exageraciones. El modelo más popular fue el del monarca lusitano grabado por Durero, en el que quedaba justificado todo el asombro, pues más se asemejaba a un monstruo antediluviano que a otra bestia. Sobre este modelo y otros no menos imprecisos que se publicaron leemos estas interesantes palabras en unos comentarios a los trabajos de los naturalistas Buffon y Blanchart:

"No obstante haberse visto muchas veces el rinoceronte en los espectáculos de Roma, desde el tiempo de Pompeyo hasta el de Heliogábal, y sin embargo de haber sido traídos a Europa varios de estos animales, en los últimos siglos, y de haberle dibujado Boncio, Chardino y Kolbe en las Indias Orientales y en África, estaba tan mal representada su imagen, y era tan defectuosa la descripción del Rinoceronte, que apenas se le conocía; pero a vista de los que llegaron a Londres en 1739 y 1741, se reconocieron fácilmente los errores o los caprichos de los que habían publicado figuras de este animal. La que publicó Alberto Durero, que fue la primera, es una de las menos conformes al original. La publicada por Boncio es más sencilla y verídica; pero tiene el defecto de estar mal representada en ella la parte inferior de las piernas; y por el contrario, aunque la de Chardino representa bastante bien los pliegues de la piel y los pies, en lo demás nada se parece al animal. No es mejor la de Camerario, ni la que se copió por el rinoceronte visto en Londres en 1685, y publicada por Carwithan en 1739. Finalmente, las que se ven en los antiguos pavimentos de Preneste, y en las medallas de Domíciiano son sumamente imperfectas; pero no tienen por lo menos los adornos imaginarios de la de Alberto Durero"(9).

Fue el rinoceronte de Camerario el que fundamentalmente siguió Diego de Obregón para ilustrar este capítulo del *Gobierno general*. Añadió, además, ciertos detalles del famoso modelo de Durero, como las escamas en forma de malla que cubren la totalidad de las patas y las placas circulares que ascienden por las paletillas y ancas. Es posible que combinase ambos modelos para lograr una mayor aproximación a la descripción de Ferrer de Valdecebro, quien seguramente sólo conoció a este animal a través del grabado de Durero y de las especulaciones de algunos naturalistas de la época. Esta es la siguiente:

"Nace el Rynoceronte a donde el Elefante, de quien retrata viva su imagen naturaleza en lo grueso, grande, y corpulento; bien, que es menos basto en el cuerpo, y más hermoso a la vista. Tiene la cabeza larga, desproporcionada, y fea, más anchos que redondos los ojos; no tienen con la estatura las orejas, que son muy pequeñas, empero bien formadas; entre las dos ventanas de la nariz le nace una punta, que se levanta como cinco quartas en alto; comienza derecha, remata en corba, como alfange Damasquino, es sólida, y negra; ancha boca, y fea. Del ozito a la frente le suben haciendo labores un linaje de conchas, como escamas, que embeben en sus ríos su hermosura. Cuelgan pendientes como zarcillos de las orejas, hasta la entrada de los brazos, dos largas, y largateadas; arrugado del cervigillo al lomo, este ampara la una, aquél favorece la otra. Anas, costados, pies, brazos, y lomos, visten ayrosamente gruesas conchas, dexando desnuda sólo la barriga; lo que permiten dar a la vista estas de la piel, es entre anteada, y amarilla; manchan sus conchas colores diferentes, bien, que oscuros, y desagradables, negro, pardo, y verdoso. Son tan fuertes, y mazigas, queurlan las flechas, dardos, y venablos, que ni fácil presa pueden hacerle para herirle. Remata esta armada corpulencia en desmedrada cola, pies cortos, y patas por tres partes hendidas."(10)

Uno de los sentidos en que Ferrer de Valdecebro toma al rinoceronte es como empresa de la Fortaleza. La interpretación venía sugerida principalmente por un pasaje de la Vulgata en el que se identificaba la fuerza de Dios con la del rinoceronte: "Deus eduxit illum de Aegypto, cuius fortitudo similis est rhinocerotis" (Nm. XXIV, 8). El término rinoceronte había sido traducido del original hebreo *Ren*, confundido con la voz unicornio en otros pasajes, y que mantendría una posible relación con el *Uroc* de la tradición mesopotámica, símbolo de la fuerza y del poder, cuyos cuernos se convirtieron en atributo de la divinidad (11). La metáfora bíblica podía incluso explicarse de un modo "científico". Las observaciones de los antiguos naturalistas aseguraban que el rinoceronte estaba dotado de una fuerza extraordinaria y de un valor sin límites. "Su espíritu valiente -puntualiza Valdecebro- no se conoce solo por lo que Balán dixo en el 24 de los Numeros, descubriendo la fortaleza del brazo de Dios, que libertó a los hijos de Israel del misero captiverio de Faraon. (...) Conocese también en la batalla, que de ordinario tiene con el Elefante de quien en las mas sale vencedor."(12) Por si fuera poco, uno de estos combates habría efectuado hacia menos de un siglo y medio -el de Lisboa en tiempos de don Manuel- y si bien el rinoceronte no pudo demostrar su magnífica potencia por huir cobardemente el elefante, su reputación quedó salvaguardada.

A pesar de que algunos exégetas medievales ya documentaron la fuerza del rinoceronte bíblico con la información aportada por los poetas y naturalistas clásicos, no es procedente -por ser todo uno con el unicornio- hablar de un simbolismo privativo de este animal hasta el siglo XVI. Su gran impulsor va a ser el humanista Pierio Valeriano, quien recoge varios de los significados en que podía entenderse este animal. Sería jeroglífico del hombre fuerte o robusto, como se deducía de algunos pasajes de las Sagradas Escrituras. Interpretación ésta en la que se inspiró Valdecebro, sólo que modificando el sentido laicizante de fortaleza física esgrimido por Valeriano, por el de fortaleza espiritual. También significaría al hombre que es tarde en enojarse, pero que una vez irritado resultaba imparable -recordemos que según Marcial el rinoceronte debía ser azuzado para entrar en combate. Finalmente, un príncipe poderoso asaltado por la destreza de alguien más débil podría representarse por medio de un rinoceronte hiriendo a un elefante (13). Todo ello venía acompañado de dos grabados altamente expresivos que disipaban cualquier duda que todavía pudiese existir entre las naturalezas del rinoceronte y del unicornio. Se siguió el modelo de Durero, y ni que decir tiene lo distinto que éste era del hermoso caballito con el cuerno en la frente. En uno de ellos -siempre anquilosado- lanzaba por los aires a un oso; en el otro, acorneaba a un elefante: sus grandes gestas.

Los emblemistas de los siglos XVI y XVII recibieron con verdadero agrado a este "nuevo" -al menos en su figura- y exótico animal. El ejemplar más célebre es el que trajo, bajo el mote *Non buelvo sin vencer*, el duque Alejandro de Médicis. Este, casado con doña Margarita de Austria, hija del emperador don Carlos, había pedido a Paolo Giovio "alguna gentil empresa" para llevarla en su sobreveste y que declarase su valor en la guerra, estando determinado a vencer o morir en defensa de la parte imperial. Giovio, inspirándose en el verso de Marcial: "Rhinoceros nunquam victus ab hoste redit", le propuso -con gran acierto y éxito- un rinoceronte, pues éste no abandona nunca su lucha contra el elefante hasta que le vence, o en caso contrario hasta que perece estrangulado por su trompa o atravesado por sus colmillos. Parece ser que esta empresa le plugo tanto al duque que la hizo bordar en oro en su pabellones, e incluso la entalló de labor grabada en el peto de su arnés (14).

En la misma línea heroica discurren la mayor parte de los emblemas que se hicieron con la imagen del rinoceronte, algunos muy semejantes en su intención al de Giovio. Camerario, basándose en la observación de Plinio sobre el modo de entrar este animal en combate contra el elefante, lo presenta afilando su cuerno en una gran roca y con el lema *Non ergo vertar inultus*, es decir: no vuelve sin haberse vengado. Expresaba el auténtico honor en la guerra: la victoria o la muerte, pero nunca la retirada cobarde (15). En el *Mondo simbólico* del abate Filippo Picinelli son a menudo relacionadas las propiedades del rinoceronte con las más insignes virtudes castrenses. Por afilar su cuerno en la roca aludiría a la prudencia y a los ejercicios militares, fundamento de la victoria. Por despreciar enfrentarse a animales de fuerza inferior a la suya y sólo aceptar combatir contra el elefante u otros de gran tamaño, simbolizaría el ánimo generoso y fuerte del guerrero. La misma fama de los grandes generales victoriosos -César, Alejandro o Carlos V- podría ensalzarse con la efigie de este animal que sólo es vencido con la muerte (16). De alto valor poético es la comparación que establece el heraldista Marc de Vulson entre las escamas del rinoceronte y el hombre fuerte y robusto que se arma de pies a cabeza para protegerse de sus enemigos (17). Las escamas de esta bestia serían, pues, semejantes a las placas metálicas de la armadura -la protección física del cuerpo y simbolo de la defensa espiritual del cristiano contra las acechanzas del diablo, tal como se declara en la Epístola de San Pablo a los Efesios (Ef.6,10-17).

Dentro de la literatura emblemático-moralizante es significativo el rinoceronte que aparece en las *Empresas espirituales y morales* del P. Juan Francisco de Villava. El grabado, que con poco acierto reproduce el modelo de Durero, ilustra la tan traída anécdota narrada por Plinio del rinoceronte que afila su cuerno en la roca para lanzarse a la lucha. Su lema es *Fortius ut pugnam*. Y se interpreta como empresa del fiel (18). La roca, por su consistencia e inmutabilidad, es imagen de Dios; alegoría muy frecuente en las Sagradas Escrituras. Así, cuando Yahvé se dirige a Israel, lo hace en los siguientes términos: "¿Es qué hay otro Dios fuera de mí, u otra Roca? (Is.44,8)". El cuerno, símbolo de la fuerza y del poder, es el arma del rinoceronte, como la Fe es el arma que el creyente debe empuñar contra el maligno.

No faltan especulaciones sobre el simbolismo del cuerno de esta bestia. La polémica se suscitaba según los autores lo considerasen poseedor de uno o de dos cuernos. Algunos textos clásicos no quedaban muy claros a este respecto, y en el mismo grabado de Durero se apreciaba una segunda especie de punta sobre su lomo. No es ajeno Valdecebro a dicha controversia, resolviendo que si bien los defensores de su bicornismo "discurren ser representacion de la Cruz de Iesu Christo", con mayor acierto está "lo vivo de la imagen en la una, que dice la unidad de un Dios, a quien trino en personas veneramos, no en las dos" (19).

Tanto el rinoceronte como el elefante fueron representados en la techumbre de la sala principal de la Casa de Juan de Vargas Matajudíos, conocido como "El Escribano" de Tunja (Colombia). El rinoceronte quizá se copió del libro de Juan de Arfe De varia Commesuración para la Escultura y Architettura (Sevilla, 1587), que habría sido tomado del famoso grabado de Durero. El elefante proviene de una lámina de las *Venationes* de Ioannes van der Straet (Giovanni Stradano). Ambos animales formarían pareja por su valor simbólico, además de mantenerse la tradición que los consideraba enemigos irreconciliables. El elefante puede ser explicado en base a la patrística y a los escritores italianos del Renacimiento como símbolo de la Mansedumbre, la Fuerza, la Compasión, la Humanidad, la Templanza, la Religión, la Sabiduría y la Castidad. El rinoceronte sugiere fundamentalmente la Fortaleza, aparentemente una de las cualidades sobresalientes del dueño de la Casa, por lo que ambos animales se colocaron flanqueando su blasón (20).

También en otra casa de Tunja, la de Suarez de Rendón, aparece en una de sus pinturas murales un rinoceronte con un enorme cuerno afilado, motivo por el que parece aludir a la antigua leyenda de que lo aguza antes de luchar contra el elefante, sugiriendo el tema de la victoria o la muerte digna en la lucha, antes que retirarse de la batalla temblando cobardemente (21).

El que un animal tan poco frecuenteen las artes plásticas se halle representado en dos pinturas distintas en Tunja nos sugiere la utilización de un fuente común, muy probablemente la *Hieroglyphica* de Valeriano.

Ferrer de Valdecebro también toma al rinoceronte como empresa del Ocio; interpretación sugerida por el Libro de

Job en la Vulgata: "Numquid volet rhinoceros servire tibi, aut morabitur ad praesepe tuum? Numquid alligabis rhinocerota ad arandum loro tuo?" (Ib. XXXIX, 12-13). De tal pasaje se desprendía la poca utilidad que el rinoceronte podía tener para el hombre, ya que se le consideraba imposible de domesticar, no pudiendo ser empleado en las faenas agrícolas a pesar de su fuerza.

Con la exposición de este vicio por medio de ejemplos históricos de los que se infería que fue el causante de la ruina de diversas naciones antiguas, Ferrer de Valdecebro reflexiona sobre la realidad de la España de su tiempo atestada de desocupados, de la que comenta que hay ciudades con "mas ociosos que vecinos", llegándose incluso a encomiar un vicio tan contrario al bien común, haciendo "desprecio del que trabaja, y estimación del que esta ocioso" (22). Ciertamente en el siglo XVII se produjo una disminución de la población activa y un aumento considerable de errantes y vagabundos; hecho que fue advertido por muchos autores de la época, quienes consideraron -entre ellos Valdecebro- que dicho mal sólo podía ser atajado por medio de severas leyes civiles. Diego Felipe de Albornoz manifiesta en su *Cartilla política y christiana* que el ocio debe castigarse como si se tratara de un delito, no porque siempre lo sea, sino porque "es apta disposicion para cualquier culpa", incumbiendo al Príncipe el evitarlo (23). Y Pérez de Herrera en sus *Proverbios morales*, cifrando en un millón a los vagabundos y falsos mendigos, propone para que todos trabajen, la creación de un cuerpo de censores "que reprehendiendo atemorizan, prendan y remitan a los Magistrados y justicias los delincuentes..." (24).

El último sentido en que Ferrer de Valdecebro toma al rinoceronte es como empresa de la Libertad. La fuente que sugiere la idea es el mismo pasaje del Libro de Job, en el que se declara lo absurdo de tratar de someter al rinoceronte. Su indocilidad quedaba refrendada por algunos naturalistas antiguos que se refirieron al "monocerote" como un animal que prefiere la soledad de los desiertos y únicamente acepta la compañía de las hembras para procrear (25). Según don Sebastián de Covarrubias, la misma etimología del nombre indio del rinoceronte, Bada, -tal como era conocido en los círculos más cultos- guardaría una posible relación con la voz hebrea "Badad", que significa "solus, solitarius", pues esta bestia "se cria en desiertos y lugares muy remotos y

solitarios". Esta etimología, aunque atrevida, no era descabellada si se tenía en cuenta que "no ay lengua que no aya tenido origen de la Hebrea en la confusión del editicio de la torre de Babilonia" (26). Las palabras de Valdecebro respecto a este arisco animal son las siguientes:

'Es tan solo, y tan libre, que le da en rostro la compañía mas natural, que son los de su especie: no se sujeta a comer un manjar, ni a un monte, ni a una gruta. Discurre, vagabunda, suelto su natural instinto, sin reducirlo a vivienda determinada, contra el corriente de toda irrational naturaleza.'

Puede hacer embargo aquí la admiración, para ponderar lo extraño de su soledad, en que a la libertad favorece. La mayor ocasión de admiración es esta. Que sea opuesta a los que son de su especie misma, como a sus mortales enemigos, con quien si se encuentran travan contienda, y batalla, y dura hasta quedar muerta, o vedadora. De las hembras huye la compañía todo el año, dispensandolo solo la Primavera, que para la posteridad, y sucesión se juntan" (27).

La idea de la libertad, que tantas connotaciones políticas tiene en nuestro tiempo, posee para Valdecebro un sentido moral, una aspiración contraria a la sujeción del mundo y sus vicios, cuyo único modo de lograrla es buyendo de las tentaciones. Uno de los principales enemigos sería la cautivación femenina, por lo que aconseja el retiro de las mujeres como el más honesto trato. La libertad es, de este modo, interpretada como el rechazo de las pasiones que esclavizan al hombre, omitiéndose todo carácter político-social.

Muy parecido es el sentido que posee el rinoceronte que aparece en la edición de Bruselas de las *Impresas morales* de don Juan de Borja. Tiene este animal a sus pies un yugo y lleva el mante, inspirado en el Libro de Job, *Loro non alligatur*; entendiéndose que así como el rinoceronte no se sujeta al yugo ni a las ataduras, tampoco el hombre debe dejarse someter a los vicios ni a los pecados, y que la verdadera libertad consiste únicamente en "vivir sujeto a las leyes de la razón", siendo la más dura servidumbre la del hombre "que sirve a los vicios" (28). Es frecuente encontrar simbolizada la Esclavitud por medio de una cadena o de un pesado yugo; por el contrario, la cadena rota o el yugo pisoteado expresan la Libertad.

Algunos autores aún habían llegado más lejos respecto a la naturaleza solitaria y esquiva del rinoceronte, negando incluso la existencia de hembras de esta especie y

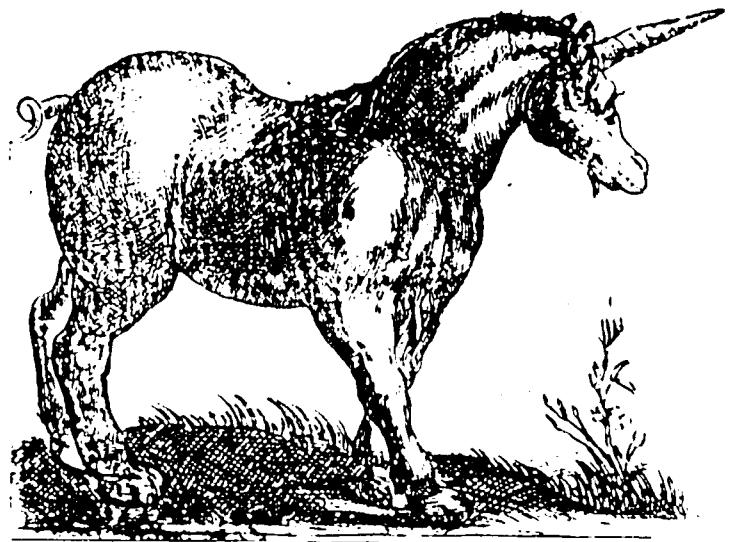
preguntándose cómo podrían engendrar (29). Su carácter indómito ciertamente dificultaba su caza; además, por la imposibilidad de ser domesticado se juzgaba muy poco rentable el tomarlo con vida. En este punto se propondrán diversas tretas -a cada cual más estrañalaria- para lograr abatir una de estas irascibles piezas. Una de las más occurrentes es la que explica fray Luis de Urreta como practicada en las tierras de Goyene, en las faldas de los Montes de la Luna, donde nace el Nilo. Consiste en echar una mona amaestrada al campo para que encuentre al rinoceronte. Una vez localizado, la mona comienza a dar saltos y cabriolas, se le sube por una pierna y le rasca la espalda, lo que recibe con sumo agrado el rinoceronte. A continuación salta al suelo y prosigue frotándole la barriga, provocándole tan gran deleite que se tumba y estira en tierra. Entonces, los cazadores, que se hallan escondidos espiando el curioso ceremonial, apuntan a su ombligo y de un disparo certero aniquilan al confiado y divertido rinoceronte (30). Valdecebro también habla sobre la caza de este animal, aunque el procedimiento que expone es, desde luego, mucho menos original, consistiendo en obligarle por medio de engaños a caer en un profundo pozo. No obstante desdén tales artificios por considerarlos poco dignos de Príncipes o cazadores, para quienes las prácticas cinegéticas deben tener como objeto la prueba del temple y del valor.

NOTAS

- (1) PLINIO, *Hist. nat.*, VIII, 29.
- (2) MARCIAL, *Epigramas*, XXII y XXIII.
- (3) Cf. M. DE BOLEA, *Historia de las grandes y cosas maravillosas de las Provincias Orientales...*, Zaragoza, 1601, p. 133.
- (4) Cf. S. PANUNZIO, *Bestiaris*, Barcelona, 1964, vol. II, p. 119.
- (5) L. DE GRANADA, *Primera parte de la Introducción del Simbolo de la Fe*, Barcelona, 1603, I, 16.
- (6) Cf. P. GIOVIO, *op.cit.*, p. 48; M. DE VULSON, *La Scienzia Heroique...*, París, 1664, p. 290.
- (7) J. DE HUERTA, *op.cit.*, pp. 167 y 168; D. DE FUENTES, *op.cit.*, pp. 263 y 264.
- (8) S. DE COVARRUBIAS, *Tesoro de la Lengua castellana o española*, Madrid, 1611, p. 112.
- (9) BUFFON, *Los tres reinos de la Naturaleza. Museo pintoresco de la Historia Natural. Descripción*

- completa de los animales, vegetales... Obra arreglada sobre los trabajos de Bufion, Blanchart y otros, Madrid, 1852, vol.II, p. 17.
- (10) *Gobierno general...*, pp. 97 y 98. Parte de esta descripción fue recogida posteriormente por el P. Benito Remigio Noydens en su ampliación de la obra de S. DE COVARRUBIAS, *Parte primera del tesoro de la Lengua castellana, o española*, Madrid, 1674, p. 162.
- (11) PROFESORES DE SALAMANCA, *Biblia comentada*, Madrid, 1967, vol.I, pp. 860-863 y vol.IV, p. 157.
- (12) *Gobierno general...*, p. 100.
- (13) P. VALERIANO, *op.cit.*, p. 21.
- (14) P. GIOVIO, *op.cit.*, pp. 47 y 48.
- (15) J. CAMERARIO, *op.cit.*, pp. 8 y 9.
- (16) F. PICINELLI, *op.cit.*, pp. 298 y 299.
- (17) M. DE VULSON, *op.cit.*, p. 290.
- (18) J. F. DE VILLAVA, *op.cit.*, pp. 45-47.
- (19) *Gobierno general...*, pp. 100 y 101.
- (20) S. SEBASTIAN, *Arte y humanismo*, Madrid, 1978, pp. 91-95.
- (21) S. SEBASTIAN, "La pintura emblemática de la casa del fundador de Tunja (Colombia)", *Goya*, 161, Madrid, 1982, pp. 178-183.
- (22) *Gobierno general...*, pp. 101-106.
- (23) D. F. DE ALBORNOZ, *Cartilla política y cristiana*, Madrid, 1666, p. 66.
- (24) C. PEREZ DE HERRERA, *Proverbios morales...*, pp. 211 y 212.
- (25) Cf. ELIANO, *De Hist. anim.*, XVI, 20.
- (26) *Tesoro de la lengua...*, p. 112.
- (27) *Gobierno general...*, p. 108.
- (28) J. DE BORJA, *Empresas morales*, Bruselas, 1680, pp. 234 y 235.
- (29) Cf. L. PALMIRENO, *Vocabulario del humanista*, Valencia, 1569, cap.V.
- (30) L. DE URRETA, *op.cit.*, p. 246.

IV. — EL UNICORNIO



Desde muy antiguo, distintos autores mencionaron la existencia de animales con un único cuerno, denominándolos con diferentes términos. El unicornio apareció por primera vez en los apuntes que dejó el griego Ctesias, quien basándose en rumores —pues nunca había visto personalmente la India— y en relatos de viajeros, escribió que en la India existía una especie de asno salvaje algo mayor que un caballo y cuyo cuerpo era blanco, la cabeza de color rojo y los ojos azules. De su frente saldría un cuerno, blanco en su base, negro en su parte media y carmesí vivo en su extremo (1). Herodoto también se refirió a los "asnos cornudos", "unicornios", o "loories"; del tamaño de un buey y con cuyas hastas hacían los fenicios sus varas de medir (2). Aristóteles habla de un pequeño número de animales con un solo cuerno, como el "asno de la India" y el "oryx" (3). Estrabón, de unos "caballos unicornios" con cabeza de ciervo (4). Y Plinio se refiere a una especie de "toro de la India"

con un cuerno único; así como el "monoceros" que poseería un solo cuerno en la mitad de la frente, describiéndolo con cuerpo de caballo, cabeza de ciervo, pies de elefante y cola de jabali (5). Por su parte, Eliano, recogió las dos fuentes que mostraban discrepancias entre sí: la griega, basada en la descripción de Ctesias y que informaba de unos pintorescos asnos salvajes de la India, y la latina, basada en Plinio, mucho más escéptica, depurada de ciertas fantasías y en la que se atisbaban una claras trazas del rinoceronte (6).

Junto a tan acreditados conocedores del mundo animal, el mítico unicornio fue introducido en la sociedad cristiana a través de la versión griega de los LXX de la Biblia hebrea, y contundido con el rinoceronte en la Biblia Vulgata, así que difícilmente se dudo de su existencia hasta épocas muy tardías, determinando que el mundo cristiano creyera en un animal que de otra forma hubiese sido negado. El original hebreo hablaba de un misterioso animal denominado *reem*, aunque no lo describia en términos zoológicos y únicamente presuponía que era indocil, violento y veloz. En la actualidad, los zoólogos y expertos en temas bíblicos identifican a este animal -no sin antes confundirlo con el antílope oryx- con el *bos primigenius*, el auroch o uro, el buey salvaje de los bajorrelieves asirios y babilonios. No está del todo claro por qué los LXX vertieron el término *reem* por el de *monoceros*, lo cierto es que los traductores posteriores de la Biblia eludieron todo intento de identificarlo y lo tradujeron, sin mas contrariedades a sus respectivos idiomas; salvo la excepción de algunas versiones que utilizaron indistintamente los términos *unicornio* y *rinoceronte* (7).

Durante la Edad Media, la mayor parte de los autores confundirán al rinoceronte con el unicornio, teniendo sus preferencias por unas u otras descripciones y, en ocasiones, añadiendo unos nuevos rasgos en el por si complejo mosaico de variados detalles con que se conformaba este animal. Además, tanto los rinocerontes, como los unicornios y cualquier bestia de un solo cuerno, pertenecían a una fauna exótica que sólo podía hallarse en los confines de Oriente y en la que tenían cabida las más extraordinarias rarezas; no siendo rechazable ninguna prueba documental que avalase su existencia, amén de que los antiguos sabios y las Sagradas Escrituras la confirmaban.

- 58 -

Generalmente el rinoceronte y el unicornio eran identificados en un mismo animal, considerando que dichas denominaciones dependían de ser griegas o latinas. Sin embargo, el problema no fue siempre resuelto de un modo tan fácil. San Alberto Magno describe al "monocerone" tal como lo hiciese Plinio, con cuerpo de caballo, pies de elefante, cola de jabali y cabeza de ciervo. Pero también habla -como si se tratase de otro animal- del "unicornio", del que dice que fue utilizado en los espectáculos de Pompeyo Magno, acontecimiento narrado por Plinio y cuyo protagonista era el rinoceronte. Junto a éstos estaría el "onagro", el asno salvaje de la India, que presentaría un enorme cuerno en medio de su frente (8). Muy enrevesado es Vicente de Beauvais, quien menciona al "rinocephalo", cuya cabeza sería como la del caballo, y al "rinoceronte", al que también denomina "monoceros" y "unicornio", siendo su aspecto el del unicornio descrito por Plinio (9).

Con la captura de rinocerontes en la India por los portugueses a principios del siglo XVI y la rápida difusión de su imagen, especialmente por el grabado de Durero, ambos animales -rinoceronte y unicornio- comenzaron a distinguirse plenamente, aunque algunos autores siguieron manteniendo la confusión, o la unicidad, hasta entrado el siglo XVII. El resto de los animales descritos con un solo cuerno pasaron a identificarse con el unicornio, o al menos a considerarse como una variedad de éste, transmitiéndose sus propiedades y aspecto. A este respecto, Jerónimo de Huerta trata de aclarar que el "asno indico" y el "unicornio" son un mismo animal, pues ambos tienen un cuerno en la frente, viven en la India, son del tamaño de un caballo, tienen la uña sólida, aman la soledad, son fuertes y veloces y nunca pueden ser cazados. Y si bien, uno es blanco, con la cabeza purpúrea y el cuerno de varios colores, el otro es leonado y con el cuerno negro; el color no sería una diferencia suficiente para considerarlos animales distintos, pues algo parecido ocurre con los perros, caballos e incluso con los hombres (10). También Ferrer de Valdecebro, consciente de la confusión engendrada por tantas denominaciones distintas a animales de un solo cuerno, establece dos grupos y declara:

...conciliaremos al Monoceronte con el Unicornio, que es una especie misma, como lo es el Rynoceronte, y Narycornio. Dos fieras con distintos nombres. Solo el Onagro, o asno Indico le es tan semejante, que estoy persuadido a que es de

- 69 -

la especie misma, porque en la hechura, en las propiedades, y virtudes no se diferencian, solo en el color si (tempero este no da especie) que el Onagro es blanco con la cabeza colorada, y leonado el Unicornio"(11).

Basándose, sobre todo, en la descripción de Plinio, Ferrer de Valdecebro describe al unicornio con los siguientes términos:

"En las Orientales Indias, y en Africa nace, y se cría, fiera mas que las fieras todas; su formacion, y altura es de caballo, la retrata tambien los lomos, y las ancas. La cabeza de Cierbo, con los ojos mas grandes, las orejas mas cortas; de lo ancho de la frente le hace una punta, que cuando mas crecida, llega a ser de una vara; es solida, maziga, y negra en su nacimiento; remata con proporcion seguida en cenicienta; parece guardiciona fingida, hecha a fabrica del arte, y del torno, la que le puso ciendola con ondas a trechos repartidas el Divino Autor de naturaleza Dios. Tiene los pies de el Elefante, de Jabali la cola, las clynes largas, la piel de color Leonado; algunos suele aver manchados. Rompe el ayre con temeroso, y bronco rugido; es monstruosa su hechura; su aspecto formidable; vive en lo mas aspero de los montes; lo mas inculto de las selvas apetece"(12).

El grabado de Diego de Obregón que ilustra este capítulo del *Gobierno general* se ajusta a la anterior descripción de Valdecebro -aunque es posible que se tuvieran en cuenta las láminas de algún tratado de zoología de la época- ; así, los pies de esta bestia son como de elefante; la cola corta y enroscada, como de cerdo o jabali, y la cabeza con una barba, seguramente para parecerse a la del ciervo.

Simbólicamente, el unicornio es interpretado por Ferrer de Valdecebro como emblema de la Velocidad, América, el Provecho y la Clemencia.

Como emblema de la Velocidad traía el mote *Celeritas*. Servían con idéntica intención: el tiempo personificado y calzando plumas, con el mote *Cito pede*; un reloj con las manecillas sueltas y *Volat*, y un niño deslizándose en la entrada de una sepultura y *Labitur aetas*. La intención de estas empresas era la de recordarnos cuán fugaz es el tiempo y breve nuestra vida, advirtiéndonos de los peligros que entraña el apresuramiento y cómo suele ser causa del fracaso de muchas de nuestras acciones.

Tradicionalmente, el unicornio había sido considerado un animal de veloz carrera, aunque Valdecebro se basó en un

comentario de Jenofonte en el que se decía que su caballería persiguió a un asno indio sin poderle dar alcance (13). Lo cierto es que este animal no se trataba de un unicornio, pero para Valdecebro no existirían diferencias entre onagros y unicornios. "Es fiera campestre, asno montaraz, -dice del onagro- que lo es el Unicornio, con que escribo de ambos como de una especie, y propiedad natural". Y refiriendo la anécdota de Jenofonte señala:

"Sucedió en la Arabia a los soldados de Xenofonte, acosarlos corriendo a carrera abierta en caballos ligeros, y dexarlos tan atras, que parava el Unicornio (y de espacio) para emprender una nueva carrera. Refiere el mismo Filoso Capitan, llegó a alojarse mi Cavalleria (escribe) en el parage que haze frente al caudoso Eufrates, a donde viendo estas Fieras mis soldados, por darles alcance las seguian, corriendo libres de el freno los caballos, avisados del alacran, o el azicante, empero tan en vano, que esperava al soldado la Fiera, y en teniendole vezino, repetia la carrera tan ligera, y veloz, que le dexava en breve espacio mucha tierra que correr, y buriado"(14).

El tema de la velocidad del unicornio es raro en la literatura simbólico-emblemática, a pesar de que algunos textos mencionaban tal característica. Evidentemente, el animal del pasaje de Jenofonte no se trataba de un verdadero unicornio, por lo que no fue tenido en cuenta. Por otra parte, esta propiedad fue detentada normalmente por otros animales, como el ciervo y el caballo. Una excepción es una empresa de Tesauro -recogida por Pincinelli- en la que aparecería un unicornio con su cuerno clavado en un árbol, lo que le ocurría por su precipitada velocidad. El lema era: *Consilis inimica celeritas*. Y se entendía como los peligros provocados por las prisas (15).

La interpretación del unicornio como símbolo de América es original de Valdecebro, quien en reconocimiento debió buscar un animal que representase las tierras que le acogieron y en las que comenzó a escribir su *Gobierno general*. Lo tomó en tal sentido por la diversidad de las partes en que se compone este animal según rezan las descripciones, así como de variedad de territorios distintos está compuesta América. Otro motivo se debía a los grandes beneficios que dispensaban dichas tierras a quienes se allegaban a ellas, proporcionando riquezas y prestigio, lo que comparaba con la bondad del unicornio, que favorece a las demás bestias. Sobre estas cuestiones dice Valdecebro:

"Hallaron ser el Elefante, por la opulencia de el Africa, su imagen, yo discurso, que por lo precioso de la virtud de este animal, y por la diferencia de su hechura, es retrato vivo de la America"(16).

Y en otro lugar aclara aun más tal interpretación:

"La diferencia de Naciones que la componen tan opuestas en si, me pulsó el discurso a hacer la representación, y simbolo de el Unicornio, y ser esta Fiera de tan extrañas partes compuesta, y formada: y por la singular propiedad que tiene de amparar a los demás animales, si llegar a albergarse, perseguidos de alguna Fiera, a su sombra, que los favorece, defiende, y assegura; assi los que de España han pasado a este Nuevo Mundo, han hallado arrino, estimacion y riqueza, que por acá, ni facil, ni posible les fuera a los mas"(17).

El unicornio como emblema del Provecho llevaría el mote *Utilitas*. Podrian servir con la misma intención: el tritón marino y el lema *Nec pernice*, pues su parte de hombre representaría el bien y la de pez el mal, entendiéndose que no se consigue beneficio sin daño ajeno, y la lluvia cayendo del cielo, con el mote *In bonum*.

El motivo por el que Valdecebro considera al unicornio símbolo del Provecho es debido a la creencia de que su cuerno es un efectivo antídoto contra el veneno:

"Todas las virtudes, y propiedades que depositó Dios en las Fieras, y animales, son dignas de imitacion, y alabanza a lo inmenso de su saber, y providencia, La que merece admiracion, en la que tiene este Bruto, que venga las violencias del veneno, no solo favorecida del irracional aliento su punta, vasos hechos della no lo permiten; un pedago le da a conocer si llega a tocarle. Sucele tener su gruta, a donde se alverga, numerosa cantidad de Serpientes venenosas, cuyos vivares son vecinos siempre a las lagunas, o balsas pocas que permiten lo aspero, y escabroso del desierto; tratan al agua como vecinas, sin el veneno que les dexan quando beben. Las demás Fieras, y animales, que sedientas las buscan para dar alivio a su molesta sed, hueven el veneno, que hypocrita en sus cristales la Laguna esconde (deben a la naturaleza, como el conocimiento de las yervas dañosas y saludables, que de dos que brotan arrimadas, y unidas, comen la una, y dexan la otra; el de las aguas para huir las que le son de daño, y beber la que conduce a su alimento) esperan que baxe el Unicornio, llega, y metiendo antes que la boca la punta, se retira el veneno, dexando libre de la prision del contagio al agua; beben seguras todas, y se buelven al monte unas, a sus grutas otras"(18).

El primer europeo que mencionó las maravillosas propiedades del asta del unicornio fue el griego Ctesias, explicando que reducido a polvo y disuelto en alguna bebida resulta un seguro remedio contra cualquier tipo de veneno por fuerte que sea (19). Tanto Eliano como Filostrato hablan de unos caballos o asnos silvestres de la India que tienen un único cuerno en la frente y con el que los nativos fabrican unas copas que neutralizan los más mortíferos venenos (20). De estos autores derivaría la creencia de que los animales del bosque, reunidos en torno a una fuente, esperaban que el unicornio entrase en el agua para purificarla introduciendo la punta de su cuerno. De éste se creía que reducido a polvo servía contra las más diversas enfermedades y sobre todo contra los venenos. Se decía que añadiendo fragmentos del cuerno en la bebida envenenada empezaba a bullir, por lo que el precio de éstos -que debían ser dientes de narval- alcanzaban sumas fabulosas. Un principe elector adquirió uno por más de cien mil táleros. Carlos V amortizó una elevada deuda con uno de ellos. La República de Venecia ofrecía en 1559 treinta mil ducados por uno de estos cuernos. El rey de Inglaterra poseía uno de un tamaño excepcional que incluso tenía canaletas estrigiladas en espiral. Por su elevado precio sólo podía ser propiedad de príncipes y grandes del mundo, que no siempre podían conseguir uno entero, sino algunos fragmentos o su polvo; disputándose los para prevenirse de toda tentativa de envenenamiento y pasando luego a honrar los museos de curiosidades e incluso las mismas iglesias (21).

Todavia en pleno siglo XVII se creía en la existencia de tan fantástico animal y en las propiedades de su cuerno, si bien se dudaba de la legitimidad de los que se vendían, por lo que se aconsejaba fueran sometidos a distintas pruebas que confirmasen su autenticidad. Muchos médicos recetaban "unicornio" y, aunque muy caro, no era difícil hallarlo en las boticas. Aún en 1741 se incluyó el "unicornio" en una lista de medicamentos obligatorios en las farmacias londinenses. El motivo de su prescripción era, según Jerónimo de Huerta, "por mandar cosas grandes y de mucho precio", sin tener en cuenta que "lo que pocas veces se halla, muchas veces se falsea", considerando extraño que el poseedor de uno de estos cuernos tanpreciados consintiese en quebrarlos, excepto que se tratase de un rey que, a costa de grandes tesoros, necesitase procurarse su salud.

Tras realizar la prueba de echar vino o agua caliente sobre el cuerno -que debía hervir si era realmente auténtico- Jerónimo de Huerta la considera falsa por haber obtenido los mismos resultados con uno "que dezian ser verdadero" y "con un pedaço de cuerno de vaca", arrojando ambos "cien mil ampollas". Por ello recomienda como prueba infalible "dar a dos palomas, o a otras aves, o animal de una misma especie, algun veneno, y despues dar a la una un poco deste cuerno", de suerte que si queda con vida es que es genuino (22). Tampoco Valdecebro cree que todos los cuernos en circulación sean auténticos, pues se cazan muy pocos de estos animales "y ay no vasos solo, puntas enteras que se ferian en tiendas". Y para probar su legitimidad señala:

"Los vasos que fueren de color negro, entre ceniciente, y atezado, son de Unicornio, como los de color negro, y castaño; los que se embian de la Oriental India, y por acá llegan, yo presumo, que son de Onagro. Y para conocer la verdad de su virtud, y no hazer fee del que lo presenta, o vende, puede hacerse la experiencia con veneno: el que venciere será verdadero, el que quedare rendido a su violencia falso. Esto lo hace el vaso, o sudando, o hirviendo, como el agua del fuego atosada; si suda, y yerve, entonces es legitimo; sino yerve, ni suda bastardo"(23).

El tema del unicornio relacionado con el provecho y el beneficio se repite a menudo en la literatura emblemática. Por la rareza, propiedades curativas y valía de su cuerno, que llegaba a alcanzar sumas desorbitadas, fue representado un unicornio junto a un cofre lleno de tesoros en la *Emblema de Sambuco*, siendo su lema el expresivo *Pretiosum quod utile* (24).

La leyenda del unicornio que introduciendo su asta en la fuente infectada la purifica, fue frecuentemente interpretada como alusión a la victoria de las fuerzas del bien sobre las oscuras fuerzas del mal. En ocasiones, el unicornio, adquiría un talante heroico, relacionándose con el militar o príncipe victorioso que conseguía acabar con sus malvados enemigos. En tal sentido, según Giovio, el señor Bartolomé de Liviano tomó por empresa un unicornio sumergiendo su asta en una fuente llena de "aspides, sapos, culebras, y d'otras serpientes", en memoria de su victoria sobre la "pestilencial ponzoña" del capitán Gato y su bando, que tiranizaban la ciudad de Viterbo (25). O representando al rey don Jaime el Conquistador, quien libró a la ciudad de Valencia de la

"ponzoñosa seta de Mahoma", tal como aparece en un jeroglífico de la obra *Siglo Cuarto de la Conquista de Valencia* de Marco Antonio Ortí (26).

En otros casos, el poder purificador de su cuerno se interpretaba como la buena doctrina y sabiduría que aleja de los hombre los peligros y vacilaciones, simbolizadas éstas por las serpientes (27). Con el mote *Hoc duce tuti* fue utilizado por los académicos de Nápoles un unicornio dirigiéndose a una fuente seguido por muchos otros animales distintos. Representaba a santo Tomás de Aquino y a la seguridad que su doctrina proporciona a quien la sigue. También podía simbolizar al Médico y al Predicador, pues ambos curan las enfermedades; el uno las del cuerpo con medicamentos, y el otro las del alma con su elocuencia. Representaba además al Beneficio y a la Gratitud, ya que a cambio del agua que le ofrece la fuente para beber, la purifica y confiere la virtud preservativa y el contraveneno (28).

Algunas veces, el unicornio, también posee un sentido cristológico, representando la victoria de Jesús sobre el pecado. En este sentido señala Valdecebro:

"...Jesus Christo, Unicornio Divino, que viendnos acosados de nuestro enemigo letal, y fiero, fió su vida a nuestro amparo, que generosamente noble otreció en víctima cruenta a las Aras sagradas de la Cruz, venciendo el mortífero veneno de la culpa, con el vaso de aromas de su sangre, y misericordias lleno"(29).

La virtud de su cuerno es interpretada por algunos autores -como Caussin y Picinelli- como símbolo del bautismo de Cristo en el Jordán, por el que purificó nuestros pecados. Picinelli cita otras empresas en las que se consideró tal propiedad del unicornio como alusión a Cristo venciendo y dulcificando los tormentos de la pasión; o bien, bebiendo el cáliz de la pasión y ofreciéndolo a los fieles (30).

Desde un principio, el bautismo significó un rito de arrepentimiento para remisión de los pecados, así que algunos exégetas entiendan que Cristo, por ser inocente, se acercó al bautismo para purificar el agua. Si el bautismo era un rito antiguo, el de Jesús suponía una nueva creación al ser santificado y descender sobre El Espíritu. El rito bautismal es, además, una representación alegórica de la muerte de

Cristo, significada por la inmersión y por la vida nueva que aparece luego al emerger, a la que se incorpora el bautizado.

La serpiente -como espíritu del mal y del pecado- es frecuente en el simbolismo bíblico. Su odiosidad arranca de la narración del pecado original en el Génesis, en el que evoca el poder tentador y la fuerza seductora para el mal, identificándose plenamente con el diablo y la muerte por su picadura (31).

La interpretación que Ferrer de Valdecebro presenta sobre el unicornio como empresa de la Clemencia parece derivar del mito de que este animal purifica las aguas para que puedan beber los otros animales. Sin embargo, Valdecebro, añade una nueva particularidad no menos extraordinaria. Esta es que el unicornio acoge bajo su amparo a todos los animales desvalidos e incluso pelea por ellos hasta la muerte, por lo que también representaría a Cristo, "a quien debemos una, y otra vida" (32).

Al margen de estas interpretaciones, Valdecebro refiere que el único modo posible de cazar al unicornio es presentándole una virgen, ante la que se rinde y deja atrapar:

"... es tierno amante de la virginal pureza, y se rinde fácil, y cobarde a quien la tiene (...). Conocida esta inclinación los cazadores, previenen una doncella, desterrando el miedo natural, que a su estado, y lexo le es vecino, como assegurarla del riesgo, que puede en la disposición del engaño temerse. Vanse al monte, ponen la casta doncella a vista del Unicornio, o en parage a donde es torçoso passar, o assistir: apenas la divisa, cuando de su nativa propension llevado, se encamina a donde su inclinación le llama; llega, arriná postrado a su regazo la cabeza, dexase llevar de sueño tan profundo, que pueden sin riesgo manearle, vendarle los ojos, y quitarle la vida" (33).

La leyenda de la imposibilidad de cazar vivo a este animal había sido señalada por Plinio, quien se basó en Ctesias (34). Sólo después, en el mundo cristiano, se modificó para considerar que únicamente existía un modo de cazarlo: por medio de una virgen. Segun *El Fisiólogo*, el monocero o unicornio es un animal tan terrible que ningún cazador se atreve a acercarse a él; pero, si se le presenta una casta doncella, "salta entonces al regazo de la virgen, ella lo acaricia, lo alimenta y lo lleva al palacio real", lo que se compara con la encarnación de Cristo en el seno de

Maria (35). Esta creencia fue, desde luego, muy famosa, y tanto los padres como los bestiarios, en los que este animal ocupa un lugar privilegiado, la recogieron. Algunas veces se dice que la virgen descubre un pecho al verlo venir, con lo que el fiero animal, rendido, va a descansar su cabeza sobre la joven (36). Otras veces se considera que solamente es posible cazarlo mientras duerme, aunque el recurrir a una virgen para capturarlo parece lo más conveniente, pues le es tan grato el aroma de su virginidad y le arrebata de tal modo que se duerme a sus pies, siendo entonces capturado por los cazadores (37). En las ilustraciones de algunos bestiarios suele aparecer acogiéndose al regazo de una joven, mientras un cazador le clava una lanza. De este modo se le representó en el *Bestiario francés de Pierre le Picard* (Ms. de Artois, c. 1285; Arsenal, 3516, París), y en un *Bestiario inglés* (Ms. Harley, 4571, British Museum, Londres), donde una doncella retiene a este animal, que se asemeja a un macho cabrio con un enorme cuerno en la frente, al tiempo que unos cazadores le dan muerte. También encontramos al unicornio y a la dama, con o sin los cazadores, en los relieves de algunas catedrales medievales, como, por ejemplo, en un friso de la torre norte de la catedral de Estrasburgo, en una consola de la fachada oeste de la catedral de Lyon, en la de Chester, en misericordias de las sillerías de las catedrales de Toledo y Sevilla, o en una peana del púlpito del refectorio de la catedral de Pamplona. Fue además representado en diversos tapices, escudos, cofres de martil y en otros objetos de artesanía (38).

Durante la Edad Media, el simbolismo más generalizado del unicornio fue el de la Encarnación del Hijo de Dios, de Cristo descendiendo al útero virginal; aunque no faltaron las comparaciones con San Pablo y la conversión de los malvados ante la presencia de Dios, la cual era evidente en el seno de la Virgen (39). Sin embargo, en el Renacimiento se relacionó, sobre todo, con la castidad, siendo comúnmente representado arrastrando el carro de esta virtud. El ejemplo más significativo es el *Triunfo alegórico de la duquesa de Urbino*, pintado por Piero della Francesca hacia mediados del siglo XVI, del que tiran dos de estos miticos animales, con una clara intención de aludir a su castidad. Muy conocidas son las ediciones ilustradas de los *Triunfos de Petrarca* en las que el Triunfo de la Castidad está representado por un carro que arrastran dos unicornios. Incluso existen ejemplos

en la Nueva España, como una de las pinturas murales de la Casa del Deán en Puebla (40), cuyo sentido queda completado con el armiño, animal tan puro que prefiere la muerte antes que la más leve mancha sobre su piel.

Muy ilustrativo sobre la popularidad del unicornio como símbolo de la Castidad es D. Sebastián de Covarrubias cuando explica en su *Tesoro de la Lengua* que "el vulgo tiene tambien recibido que si ve una donzella, se le domestica y recuesta sobre sus faldas, y adormeciendose en ellas, los caçadores llegan y le prenden, y por esto es simbolo de la castidad" (41).

Dentro de la emblemática, el tema de la virgen y el unicornio se interpretó en base a las dos consideraciones. Una, entroncada en el simbolismo renacentista, lo relacionaba con el triunfo de la virtud universal, la castidad y la pureza (42). La otra, al igual que en la Edad Media, lo consideraba símbolo o imagen cristológica, aludiendo al Verbo de Dios y al Niño Dios (43).

Aunque casi quedaba fuera de las empresas del *Gobierno general*, no dejó Valdecebro de interpretar esta leyenda -fábula o remota observación científica?- como símbolo del Verbo Divino; alegoría cristológica que alcanzaba un sentido pleno al interpretarse la extraordinaria propiedad de su cuerno contra el veneno de las serpientes, como símbolo del Redentor:

"Simbolica imagen del Divino Verbo este linage de caça, que llamado de la Pureza de la mas Casta Donzella MARIA, ocupó su regazo Soberano, dexandose llevar del sueño de amor profundo, para que sangrientos, y tyranos caçadores le manearan, vendaran los ojos, y dieran muerte, porque nos diera vida. Celestial amante Unicornio, que en los hombres depositó lo mejor de sus tinegas, al humano linage consagradas, a quien adoptó hijo por la gracia, de esclavo misero de la culpa, (...) No baxó del Cielo; lo arrebató del seno inmeso de su Eterno Padre, la humildad de MARIA, Señora, y Madre Nuestra, para desterrar el veneno de la esclavitud, que en las aguas amargas de la original laguna, dexó la serpiente engañadora..." (44).

Muy al propósito quedaba la muerte del unicornio para representar la muerte del Señor. Al igual que Valdecebro, tray Antonio de Lorea advierte en el unicornio diversas manifestaciones de Cristo: la Encarnación, la Pasión, la Gracia, la Victoria sobre el pecado (45).

NOTAS

- (1) Cf. H. WENDT, *op.cit.* p.23; V. LEY, *El pez pulmonado, el dodó y el unicornio. Una excursión por la zoología fantástica*, Madrid, 1963, pp. 33 y 34; S. SEBASTIAN, *Mensaje del arte medieval*, Córdoba, 1978, p. 34.
- (2) HERODOTO, *Los nueve libros de la Historia*, IV, 192.
- (3) ARISTOTELES, *Historia de los animales*, II, 1.
- (4) ESTRABON, *De situ orbis*, lib. XV.
- (5) PLINIO, *Historia Natural*, VIII, 31.
- (6) ELIANO, *De historia animalium libri XVII*, III, 39; IV, 51; XVI, 20.
- (7) Cf. S. SEBASTIAN, *Mensaje del arte medieval*, p. 34 y *Arte y Humanismo*, p. 94. Cf. también V. LEY, *op.cit.*, pp. 31 y 32.
- (8) SAN ALBERTO MAGNO, *De animalibus*, XXII, 1.
- (9) V. DE BEAUVAIIS, *Speculum naturale*, XIX, 104 y 114.
- (10) J. DE HUERTA, *op.cit.*, pp. 171-173.
- (11) *Gobierno general...*, p. 115.
- (12) *Ibid.*, p. 114.
- (13) JENOFONTE, *La expedición de los diez mil*, I, 5.
- (14) *Gobierno general...*, p. 117.
- (15) F. PICINELLI, *op.cit.*, p. 221.
- (16) *Gobierno general...*, p. 118.
- (17) *Ibid.*, pp. 126 y 127.
- (18) *Ibid.*, p. 127.
- (19) Cf. H. WENDT, *op.cit.*, pp. 23 y 24; J.P. CLEBERT, *op.cit.*, p. 227, y V. LEY, *op.cit.*, pp. 33 y 34.
- (20) ELIANO, III, 39. FILOSTRATO, *De vita Apollonii Tyanei*, III, 1.
- (21) Cf. H. WENDT, *op.cit.*, pp. 22 y 23.
- (22) J. DE HUERTA, *op.cit.*, pp. 173-175.
- (23) *Gobierno general...*, p. 138.
- (24) J. SAMBUCO, *op.cit.* p. 124. Este mismo emblema lo traen: J. CAMERARIO, *op.cit.*, pp. 28 y 29, y F. PICINELLI, *op.cit.*, p. 221.
- (25) P. GIOVIO, *op.cit.*, pp. 66 y 67.
- (26) Cf. J.M. GONZALEZ DE ZARATE, "La tradición emblemática en la Valencia de 1640", *Traza y Baza*, VIII, Valencia, 1983, pp. 109-118, pp. 115 y 116.
- (27) Cf. J. CAMERARIO, *op.cit.*, pp. 24 y 25.
- (28) F. PICINELLI, *op.cit.*, pp. 219 y 229.

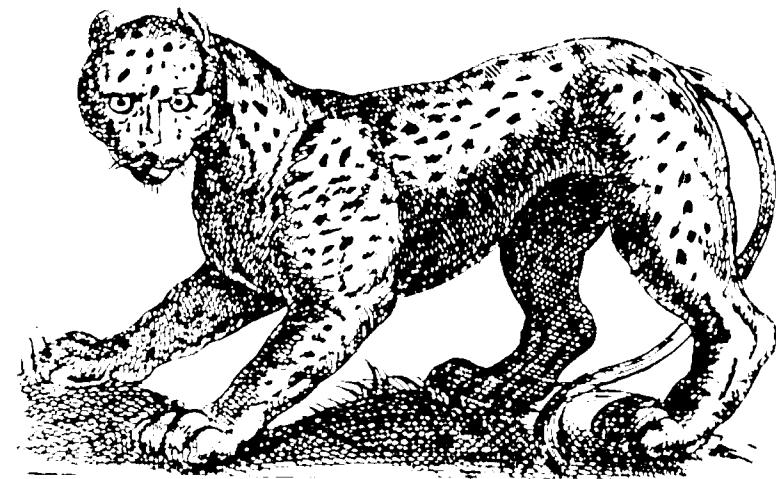
V. — EL TIGRE

- (29) *Gobierno general...*, p. 129.
- (30) H. CAUSSIN, *Polyhistor...*, pp. 348 y 349; F. PICI-MELLI, *op.cit.*, pp. 219 y 220.
- (31) Sobre el simbolismo de la serpiente véase: E. GALLEGOS, "El pecado original en sus expresiones literarias", *Biblia y Fe*, II, Madrid, 1975, pp. 29-44; M. GUERRA, *Simbología Románica. El Cristianismo y otras religiones en el Arte Románico*, Madrid, 1978, pp. 240-255.
- (32) *Gobierno general...*, p. 137.
- (33) *Ibíd.*
- (34) PLINIO, VIII, 31.
- (35) *El Fisiólogo*, XXXV.
- (36) Cf. SAN ISIDORO, *Etimologías*, XII, 2, y SAN ALBERTO MAGNO, *De Animalibus*, XXII, 1.
- (37) Cf. R. D'ALOS-MONER, "El Bestiaris a Catalunya", *Discursos llegits en la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona*, Barcelona, 1924, pp. 17 y 18.
- (38) Véase: J. BALTRUSAITIS, *Réveils et prodiges. Le gothique fantastique*, París, 1960; J. YARZA, "Los seres fantásticos en la miniatura castellano-leonesa de los siglos XI y XII", *Goya*, 103, Madrid, 1971, pp. 7-16, pp. 12 y 13; I. MATEO, "Temas iconográficos interpretados por el Maestro Rodrigo Alemán en la sillería de la catedral de Toledo", *Goya*, 105, 1971, pp. 158-163, pp. 160 y 161.
- (39) Cf. RABANO MAURO, *De Universo*, VIII, 1, y HUGO DE SAN VICTOR, *De bestiis...*, II, 6.
- (40) Sobre estos ejemplos véase: S. SEBASTIAN, *Arte y Humanismo*, pp. 225 y ss.
- (41) S. DE COVARRUBIAS, *Tesoro...*, p. 60.
- (42) Cf. L. CONTILE, *Ragionamento... sopra la proprietà delle imprese...*, Pavia, 1574, p. 64, y J. CAMERARIO, *op.cit.*, pp. 26 y 27.
- (43) Cf. H. CAUSSIN, *Polyhistor...*, p. 348.
- (44) *Gobierno general...*, pp. 137 y 138.
- (45) Cf. A. DE LOREA, *op.cit.*, pp. 364 y 365.

Vicente María Ruiz Condumina,
Las Empresas vivas de Fray Andrés Ferrer
de Valdecabrido. 1989

271 pp.

Valencia, [Author]



Aunque en tiempos de Herodoto el tigre vivía aún en Grecia, y en la época de Aristóteles en la península balcánica y en Asia Menor, los expertos en temas de la naturaleza de la Antigüedad no estuvieron nunca tan familiarizados con éste como con el león. Los primeros tigres vivos llegaron a Atenas con los seléucidas, y a Roma con las guerras de Pompeya. El estadista romano Marco Aurelio Scaurus hizo salir a su fastuoso teatro de mármol con cabida para ochenta mil espectadores, ciento cincuenta panteras, cinco cocodrilos, un caballo salvaje y un tigre. El emperador Caracalla mató un tigre asesino tan grande como un caballo. Se decía que Heliogábalos mandó domesticar un considerable número de tigres para engancharlos al carro con que atravesó triunfalmente Roma como dios Baco. Durante la guerra contra los partos, algunos caudillos tuvieron como costumbre enviar tigres a Roma —a veces hasta cincuenta ejemplares— para que luchasen en las arenas con los gladiadores y con otras